

Álex, el niño osito



Texto: Mireia Vidal

Ilustraciones: Marta Gustems

— ¡**Q**uiero un móvil!

Esto era lo que Álex repetía cada mañana cuando se levantaba, al mediodía mientras comía o por la noche después de cepillarse los dientes. Lo repetía a todas horas confiando en que a base de insistir conseguiría agotar a sus padres, que por fin cederían y le regalarían el preciado aparato. Faltaban pocos días para su cumpleaños y Álex decidió que aún había que insistir un poquito más. No era momento de darse por vencido, así que a base de un último esfuerzo lavó los platos, recogió la ropa, fue a comprar el pan e hizo todo lo que le hiciera merecedor del regalo que tanto deseaba. El día de su undécimo cumpleaños llegó, y cuando Álex abrió su regalo no lo podía creer. “¡Un móvil!”, gritó entusiasmado. Entonces pudo respirar tranquilo, lo había conseguido.

A partir de ese momento, Álex estaba convencido de que todo sería diferente. Se moría de ganas de aparecer en clase con su móvil súper moderno y fanfarronear delante de todos.

"Qué pasada", le dijo Ruth. "Mi padre tiene uno igual", agregó Carla. "¿Y puede navegar por internet?", Preguntó Marco sorprendido. Y así uno tras otro, todos los niños y niñas de la clase admiraban el móvil de Álex que, de repente, se convirtió en el niño más popular.

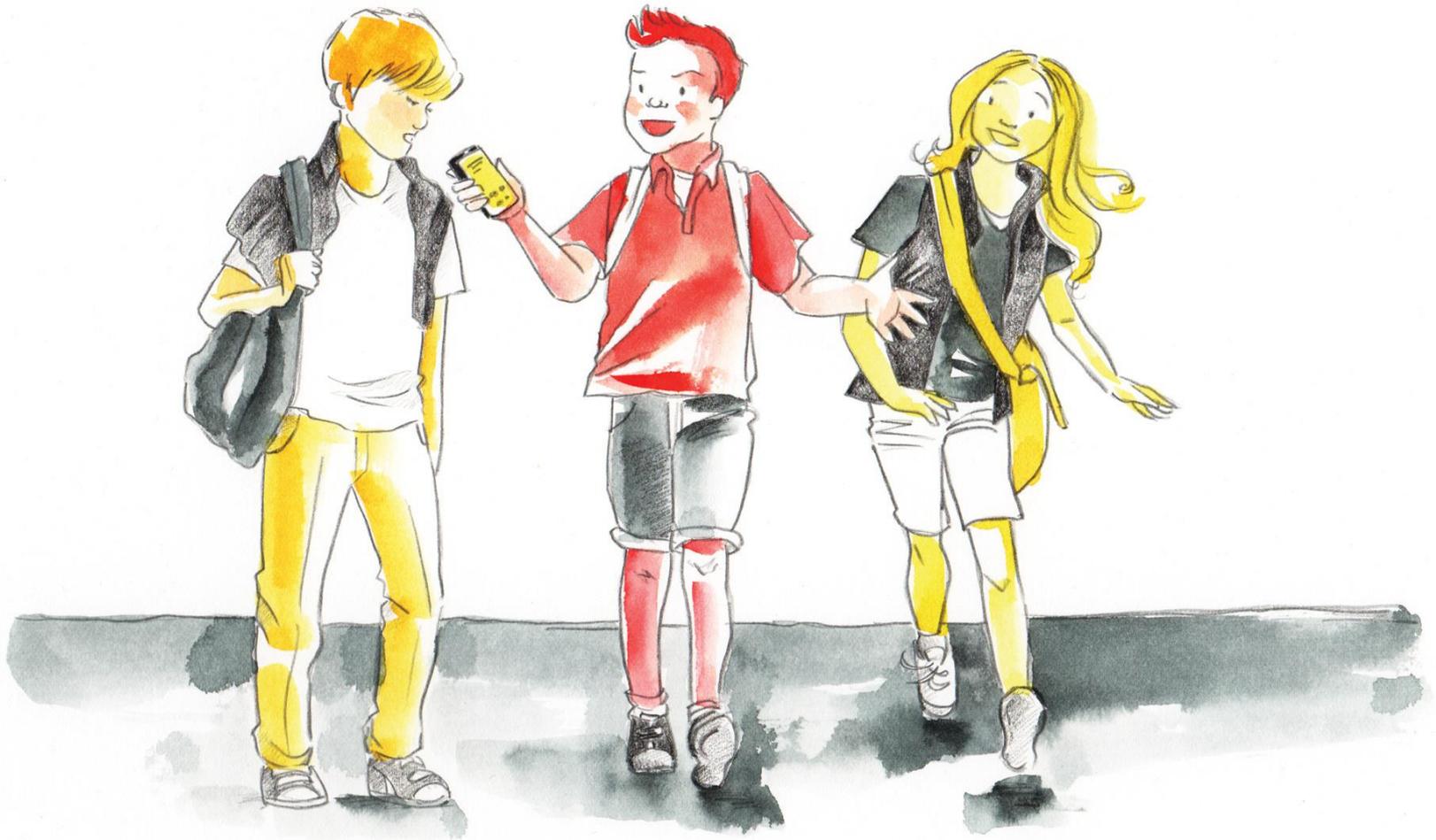
No es necesario decir que a Álex le encantaba que todo el mundo le hiciera caso, y cada día, a la hora del recreo, él sacaba su móvil y explicaba que la cantidad de WhatsApps que había recibido, los vídeos que miraba de YouTube o las fotos que observaba de aquellos famosos que seguía a través de Instagram. Álex era feliz siendo el centro de atención y creía que el móvil era definitivamente el invento más maravilloso del mundo.

— Es que los mayores necesitamos un móvil. — Decía Álex sintiéndose importante. Y claro, la locura del móvil se fue esparciendo por la clase y todos los niños y niñas comenzaron a pedir uno a sus padres.

Sólo Roger, a base de insistir e insistir, consiguió que le dejaran usar el móvil viejo de su hermano. De vez en cuando se apagaba y la batería tardaba horas en cargarse, pero Roger estaba contentísimo con su teléfono.

— Eh, Álex, mira lo que tengo — Le dijo el chico a su amigo enseñando su móvil destartado que intentaba disimular con una funda de Star Wars, totalmente nueva.

Al principio Álex frunció el ceño pensando que le había salido un competidor, pero enseguida se dio cuenta de que era mucho más divertido tener a alguien con quien compartir cosas por internet. Lástima que la cámara del móvil de Roger tenía una mancha en medio del objetivo y todo le salía borroso, pero Álex aprovechó para empezar a tomarse fotos en posiciones que cualquiera que lo viera consideraría ridículas, pero con las que él se sentía súper-mega-ultra-guapo-e-importante.



— ¿Quieres dejar de hacer el tonto? — Le decía su madre cuando lo veía haciendo posturitas delante del espejo. Pero a Álex le daba igual lo que le dijeran, acababa de descubrir el mundo del "selfie" y se sentía poderoso. Allí donde iban o aquello que hacía, él lo retrataba y lo subía en sus redes. También lo enviaba a la abuela y a Roger, que en realidad eran las únicas personas que conocía con móvil. Si iba a la playa se fotografiaba enterrado en la arena y si salían a cenar, tomaba una docena de fotos antes de morder la pizza. Definitivamente su popularidad no hacía más que crecer, hasta que un día ocurrió algo que nunca habría imaginado.

Todo comenzó la tarde en que Álex acompañó a su padre a la peluquería.

— ¿Quieres que también te lo corten a ti? — Le preguntó al hombre. Y como el chico dijo que sí, el peluquero le hizo un corte de aquellos de niño mayor con un poco de tupé y rapado por el lado.

"Estás muy guapo", le dijo su madre sólo verlo entrar, pero Álex apenas tuvo tiempo de agradecerle el cumplimento. Lo único que quería era encerrarse en su habitación y fotografiarse con su nuevo peinado. Si no hizo un centenar de fotos no hizo ninguna, pero después de mucho elegir y editar, escogió una que envió a todo el mundo.

"Clink" sonó en el móvil de Roger. Y cuando éste abrió el mensaje leyó en la pantallita: "¿A que molo?" Seguido de una foto en la que se veía a Álex tumbado en la cama de su habitación al estilo *chulopiscinas* y con gafas de sol.

Roger apenas se dio cuenta del cambio de peinado. De hecho, tan sólo echó un vistazo rápido a la foto, cansado como estaba de recibir siempre cosas de Álex, pero de repente le pareció que había algo en la imagen, que era digno de atención. Haciendo un zoom con los dedos, recorrió el espacio que se veía: los posters de videojuegos de las paredes, una figura hecha con lego en una estantería, una caja de cromos y... justo en una esquina, entre un montón de ropa sucia amontonada, se distinguían unos calzoncillos con dibujos de ositos. "Clink".

Al día siguiente, Álex cogió el móvil cargado de batería y se dirigió a la escuela convencido de que todo el mundo lo felicitaría. Tenía estilo, tenía móvil, tenía un peinado súper guay y tenía...

— ¡Eh, tú, niño osito! ¿Quieres un peluche para ir a dormir? — Le dijo de repente un chico de un curso más que el suyo.

— Quizá también lleves pañales — Rió otro.

Álex no entendía de qué hablaban, pero cuando llegó a clase, lejos de la admiración que pensaba que causaría su nuevo peinado, todo lo que consiguió fueron risas y comentarios.

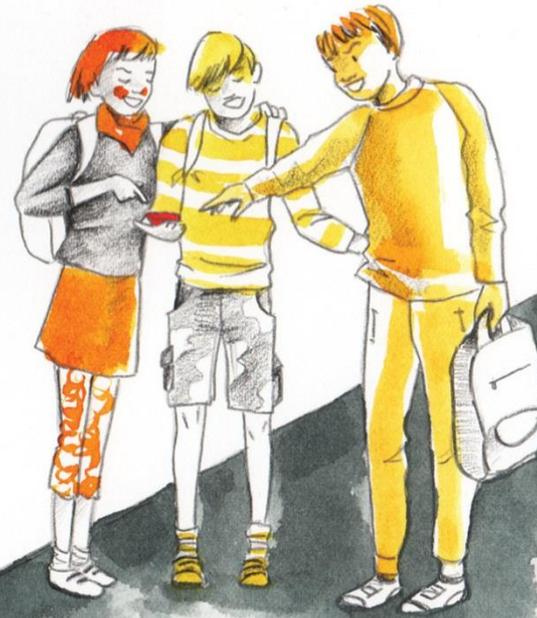
— ¿Hoy vienes con el móvil o con un biberón? — Le preguntó alguien.

Álex no entendía nada, pero cuando observó su móvil, vio la foto ampliada de sus calzoncillos de ositos colgada en Instagram, con un montón de comentarios que se reían de él. Ni siquiera conocía la persona que la había subido, pero era obvio que todo el mundo la había visto.

Álex soportó risas a la hora de mates, sintió susurros en clase de catalán e incluso tuvo que aguantar que dos niños entraran al baño para comprobar si llevaba los calzoncillos infantiles. Álex sintió como todo el mundo le llamaba "niño osito" y aguantó hasta que ya no pudo más.

— ¿Por qué lo has hecho? — Le preguntó a Roger dolido.

Pero Roger tampoco sabía muy bien cómo había ocurrido. Él sólo había enviado la foto a un amigo, éste a su hermano y luego... La imagen fue circulando con la misma velocidad que una mancha de tinta se esparce por un mantel. Era imposible saber quién la recibía ni qué haría con la foto. Lo que sí hacía todo el mundo era comentarla, opinando sobre alguien a quien ni siquiera conocían.



De pronto Álex se dio cuenta de que no quería mirar más el móvil. El aparato le quemaba en las manos y sabía que si lo abría sólo descubriría insultos y burlas.

Lo apagó.

Esa noche se cerró en la habitación y, a pesar de que su tía le había traído un jersey nuevo de China, no tomó ninguna foto. Prefirió tumbarse en la cama, cerró la luz y por primera vez en mucho tiempo, no hizo el gesto de cargar el aparato. Alguien podría pensar que se había olvidado, pero no era así. El pitido insistente que indicaba que la batería estaba baja no paraba de advertirle, pero Álex no quiso prestarle atención. Estaba distraído, estaba llorando.

Fin

FAROS

La guía de la salud y el bienestar para tus hijos



Los cuentos de la abuela es un recopilación de cuentos que el Observatorio de la Infancia y la Adolescencia FAROS pone al alcance a través de su página web (<http://faros.hsjdbcn.org/>) con el objetivo de fomentar la lectura y difundir valores y hábitos saludables en la población infantil.

FAROS es un proyecto impulsado por el Hospital Sant Joan de Déu Barcelona con el objetivo de promover la salud infantil y difundir conocimiento de calidad y actualidad en este ámbito.



SJD

Sant Joan de Déu
Barcelona · Hospital